



No deja de sorprender que de una vasta, compleja e intensa expresión cultural como la charrería, de la que se habla tanto y con tal entusiasmo, se haya escrito tan poquito. Además, gran parte de la tinta gastada está de tal manera henchida de cursilería y lugares comunes, que más bien tienden a que se difumine la naturaleza de su origen y el enorme valor social y cultural que posee esta actividad.

José María Murìà



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO



José María Murìà



Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua

José María Murìà

LA PALABRA CHARRO

Discurso de ingreso a la
Academia Mexicana de la Lengua
29 de noviembre de 2018

Respuesta de
Felipe Garrido

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA







LA PALABRA *CHARRO*

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES Y FOMENTO EDITORIAL
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

José María Murià

LA PALABRA *CHARRO*

Discurso de ingreso a la
Academia Mexicana de la Lengua
29 de noviembre de 2018

Respuesta de
Felipe Garrido



Universidad Nacional
Autónoma de México

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



México 2021

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: Murià, José María, 1942- , autor. | Garrido, Felipe.

Título: La palabra charro : discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, 29 de noviembre de 2018 / José María Murià ; respuesta de Felipe Garrido.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México : Academia Mexicana de la Lengua, 2021.

Identificadores: LIBRUNAM 2098560 |

ISBN (UNAM) 978-607-30-4175-1 | ISBN (AML) 978-607-99128-1-9.

Temas: Academia Mexicana de la Lengua (2001-). | Español – Sociédaes, etc. | Discursos mexicanos.

Clasificación: LCC PC4018. M87 2021 | DDC 463—dc23

Primera edición: 22 de enero de 2021

D.R. © 2021 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510, Ciudad de México.

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial
www.libros.unam.mx

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Donceles 66, Centro Histórico, alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06010,
Ciudad de México

ISBN: 978-607-97427-5-1 (colección AML)

ISBN: 978-607-99128-1-9 (AML)

ISBN: 978-607-02-4834-4 (colección UNAM)

ISBN: 978-607-30-4175-1 (UNAM)

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

Amigos y amigas:

Es enorme la gratitud que siento por quienes hicieron posible esta reunión. Por un lado los académicos numerarios que avalaron mi candidatura: Javier Garciadiego y Felipe Garrido —antiguos compañeros de armas en otras trincheras—, Eduardo Matos Moctezuma, también añejo y bien conservado amigo, y Ascensión Hernández Triviño de León-Portilla con la complicidad de su marido y queridísimo maestro de este servidor de ustedes. La ausencia de ambos me resulta comprensible y me solidarizo con las razones. Pero de que los echo de menos, claro que los echo, mucho, de menos.

Pero hay más coludidos a quienes deseo manifestar también mi gratitud. Tal es el caso del director de la Academia, don Jaime Labastida y los puntales de la misma como los queridos y admirados amigos Vicente Quirarte y Adolfo Castañón, lo mismo que Gabriel Yáñez Ramírez.

Por supuesto, debo manifestar mi gratitud a todos los académicos que votaron por mí, como mi compañero Gonzalo Celorio, Alejandro Higashi y, ni más ni menos, que doña Concepción Company que se desplazaron hasta Zapopan y se hallan aquí esta noche.

Es redundante hablar de la importancia y la categoría de esta Academia, que se ostenta con orgullo y justicia, como Mexicana de la Lengua. Solamente diré que me siento muy orgulloso de pasar a formar parte de ella desde mi corral jalisciense.

Lo que sí quisiera, antes de entrar en materia, es hacer una cariñosa y respetuosa mención de



algunos residentes aquí que me antecedieron y los alcancé a conocer y hasta abrevar de su generoso saber y entender: José Cornejo Franco, atrincherado y atento siempre en la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco; don Salvador Echavarría, con sus clases de literatura francesa; Adalberto Navarro Sánchez, de quien aprendí tanto de lengua española y de literatura jalisciense; Alfonso de Alba y su vocación laguense; Ernesto Flores, gran compañero y, como los demás, añorado amigo.



El último académico residente en Guadalajara en dejarnos, lo digo todavía conmocionado porque ya había manifestado su deseo de estar aquí, es Fernando del Paso. Hubiera sido mi único compañero en la plaza. Falleció precisamente cuando habíamos quedado en vernos en su casa para disponer lo necesario.



También quiero agradecer que el presidente de El Colegio de Jalisco, Javier Hurtado, y



los demás directivos hayan abierto las puertas de esta casa que tanto significa para mí, dada la cantidad de años, padecimientos y angustias que le dediqué hasta hace más de tres lustros para ayudar a sacarla a flote y dejarla en condiciones decorosas. Resulta espléndido que siga así.

No es necesario destacar que contamos con la presencia de un contingente de admirados charros de verdad, pero si quiero manifestarles mi agradecimiento.



Finalmente, a cada uno de ustedes les digo que su presencia y solidaridad es la mejor recompensa. Sin embargo, permítaseme destacar dos nombres: la doctora Angélica Peregrina, por casi medio siglo de complicidad, y mi verdadero hermano mayor, Enrique Dau Flores.



Reciban, por favor, el más fuerte de los abrazos.

La palabra *charro* *

La palabra *charro*, como es sabido, tiene para los mexicanos varios significados. Dos de ellos proceden de un territorio ibérico cercano a la ciudad de Salamanca. Allí, desde hace unas tres centurias, se refiere a un jinete con sombrero de ala corta que suele usar una pértiga o garrocha, de las que se emplean en muchas partes para controlar vacunos en espacios relativamente pequeños; pero también alude a la cultura popular de la comarca y a su gusto por lo abigarrado y estridente.

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, como miembro correspondiente en Guadalajara, Jalisco. Texto leído en El Colegio de Jalisco, Zapopan, el 29 de noviembre de 2018.

Pero en México prevalecen otras connotaciones. Una de ellas tiene que ver con la fauna marina: hay dos tipos de peces relativamente parecidos, comestibles ambos, que viven en aguas templadas y pueden alcanzar hasta medio metro de largo. Al que habita en las costas del Pacífico, al sur del Trópico de Cáncer, los científicos le llaman *decapterus hypodus*. El otro, del Golfo de México, es conocido como *trachurus lathami*; mas los pescadores y los consumidores de uno y otro lado le llaman simplemente *charro* o *charrito*. Es posible que este nombre se deba a su vientre plateado y su lomo azul... Durante la Colonia española y en el siglo XIX, tal era el color dominante de las *calzoneras*, sobre el cual fulguraban los broches de plata, que se extraía sobre todo de las minas zacatecanas y duranguenses a donde iban periódicamente los rancheros de las alcaldías mayores de Santa María de los Lagos y de Nuestra Señora de la Asunción de las Aguascalientes.

La carencia durante largas temporadas de agua donde se hallaban los yacimientos de metales preciosos y, por consiguiente, también de pastura, requería que se les llevaran grandes hatos de vacunos al menos un par de veces al año, los cuales proporcionaban, aparte de su carne, el cuero para las indispensables correas y el sebo para que éstas fuesen más duraderas y hubiera luz en las profundidades.

Los lugares más cercanos con recursos hidráulicos suficientes para la crianza de tales animales, eran precisamente, como sus nombres lo indican, los parajes mencionados, aunque Aguascalientes se dedicó más bien a la crianza de equinos. De hecho fue su principal productor durante toda la época colonial y buena parte del siglo XIX, hasta que irrumpió el ferrocarril.

De ahí, pues, que la plata se incorporara a la vestimenta de *hidrocálidos* y de laguenses, lo mismo que de sus vecinos, y formara parte de su

vida cotidiana y de los ahorros a los que siempre han sido muy dados los pobladores de los llamados Altos de Jalisco.

Otra acepción muy mexicana de *charro* procede de la picaresca política: designa a quien pertenece a un determinado colectivo, generalmente de índole laboral, pero que en realidad defiende los intereses del empleador. Todos hemos oído la expresión “líderes charros”, que debe haber surgido en el siglo XX, cuando la palabra inglesa *leader* se incorporó a nuestro idioma, en tanto que se desarrollaban los sindicatos de trabajadores, cuyos dirigentes, con demasiada frecuencia, estuvieron más al servicio del gobierno o de los patrones que de sus agremiados.

Así lo define, precisamente, el *Diccionario de americanismos* publicado en Lima en 2010, por la Asociación de Academias de la Lengua Española: “Líder sindical que favorece al patrón”.

En este diccionario se percibe también que el vocablo de nuestro interés y sus derivados tienen cierta presencia, con algunas variantes, en diversos países. Se dice que los líderes charros fueron llamados así porque Jesús Díaz de León, afamado cabecilla del Sindicato Mexicano de Ferrocarrileros durante el gobierno del presidente Miguel Alemán, solía vestirse a tal usanza.

De este último carácter, llamémoslo *sociopolítico* para darle cierta formalidad, no dan cuenta ni el *Diccionario de la lengua española*, publicado por la Real Academia, ni tampoco otros de gran postín, como el del... *Uso del español*, de María Moliner, o la *Enciclopedia del idioma* de Martín Alonso. Pero los tres sí consideran otros sentidos de los que se habla a continuación.

Por un lado, el diccionario de la Academia consigna "... de la cosa recargada de adornos,

abigarrada y de mal gusto” y el significado que se le atribuye en nuestro país de “jinete o caballista que viste traje especial compuesto de chaqueta con bordados, pantalón ajustado, camisa blanca y sombrero de ala ancha y alta copa cónica”.

Cabe insistir también que la “alta copa cónica” dejó de usarse casi por completo hace mucho, cuando sus portadores ya no encaminaron ganado a grandes distancias y la dicha copa se hizo más chaparra y de dos o de cuatro “pedradas” o concavidades.

Mas el significado principal para casi todos los diccionarios solemnes es el de “aldeano de Salamanca y especialmente el de la región que comprende Alba, Vitigudino, Ciudad Rodrigo y Ledesma”. Martín Alonso, en su *Enciclopedia del idioma*, dice que “es un error llamar charros a todos los aldeanos de la provincia de Salamanca”. En cambio, éste asegura también que *charro* “es el nombre representativo del pueblo mejicano”.

Alonso y otros ofrecen acepciones del término en Navarra, aunque señalan que están casi en desuso, “el que tiene mal genio... es de mala índole... desabrido... envidioso... antipático” o bien “desmedrado, flaco, raquítico y pequeño”.

Ninguna de ellas conviene a nuestros altivos charros de hoy, ni a quienes sentimos admiración por ellos, pero debemos tomarlas en cuenta porque, al parecer, según lo asienta Joan Corominas en su *Diccionario crítico etimológico*, la palabra *charro* proviene en tiempos remotos del eusquera *txarr*, que se interpreta como “malo, defectuoso, débil, pequeño”, semejante a lo que dice Alonso, aunque no igual.

Ahora bien, el lingüista euskero-jalisciense José Luis Iturrioz, me explica que “txarr”, a secas, es un fonema que carece de valor por sí solo; para que el adjetivo se vuelva disponible requiere del sufijo “a”: “txarra” sin que ello in-

dique género alguno pero sí califica.¹ Lógico es suponer que, cuando pasó al español o, en este caso, si se prefiere, al castellano y, sobre todo, convertirse en sustantivo masculino, la “o” haya sustituido a la “a” —charro— y esta última se reservara para el femenino.

De cualquier manera, tanto Alonso como Corominas y otros, dan fe de que el vocablo *charro* ya andaba cabalgando por España al menos desde principios del siglo XVII, pero con otro sabor un tanto peyorativo más parecido al original del euskera. Así lo confirma el añejo *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana*, que recopiló Gonzalo Correas Íñigo para su publicación en 1627: “Dios nos dé con que riamos, y no sean hijos bobos y sandios [necios] charros”.² Un si-

¹ Isaac López-Mendizábal, *Diccionario vasco-castellano*, Auñamendi, San Sebastián, 6ª ed., 1976 [1916]

² Página 159 de la 2ª ed., Madrid, 1924.

glo después lo ratifica el famoso Diccionario de autoridades, publicado en 1726, que le atribuye el significado de “basto y rústico”.

Sea como fuere, la palabra nos concentra en el medio rural, como lo redondea con su visión elitista la enorme Enciclopedia Espasa-Calpe, plenamente identificada con el franquismo. Charro: “Dícese de una persona grosera y rústica como lo suelen ser muchos aldeanos”.

Vale decir que en Jalisco, a la postre se les llama charros a los rancheros de “mediano pasar”, como son generalmente los de Los Altos de Jalisco. Una simple ocurrencia podría sugerir que *ranchero* y, sobre todo, *rancho* tiene una gran similitud fonética con “charro”.

También hay que avanzar que se apropiaron del nombre hacendados de gran alcurnia del centro de México.

Asimismo, es de subrayarse que, para el género femenino, entre nosotros se han preferido

otras palabras: *china*, en recuerdo de la China Po-blana, o *adelitas*, de fuerte sabor revolucionario. En España, en cambio, se utiliza normalmente la palabra *charra*. ¿Será porque nuestros charros son muy machos? Tal vez haya algo de eso, pero resulta que recientemente y con cierta timidez, la palabra se empieza a usar para referirse a las bellas jinetas de las llamadas “escaramuzas”.³

Debe hacerse mención aquí de dos diccionarios más. Uno de ellos, de plano “por no dejar” porque no aporta prácticamente nada: se trata del *Nuevo diccionario de la charrería*, del hidrocálido Miguel Ángel Argüelles, pésimamente editado en Aguascalientes.⁴ Refiere, eso sí, el origen “vascuence” de la palabra,

³ V. gr. *El Informador*, Guadalajara, Jal., 26 de agosto de 2018, p. 6-B.

⁴ Tiene una presentación de Joaquín Cruz Ramírez y un preámbulo del gobernador en 1992, Miguel Ángel Barberena. Puede suponerse que el gobierno de Aguascalientes es el editor y el nombre del autor se menciona solamente en los textos referidos. *CI*, p. 64.

pero le atribuye el significado de “aldeano” y nada más. Igualmente reporta la versión salmantina diciendo “individuo que jinetea, laza [sic] y arrienda” y se suelta el pelo diciendo que “con su traje especial [y] con sus acciones, su figura viril y gallardía original condensa el símbolo de todo lo nuestro en tradición y auténticamente mexicano”.

Como es natural, el *Diccionario del español usual en México*, dirigido por Luis Fernando Lara,⁵ se inclina hacia los significados enaltecidos que hoy tiene la palabra para nosotros, como es el caso, dice, del “jinete que exhibe sus destrezas en el manejo del lazo, en la doma de caballos y en otros ejercicios ecuestres ejecutados para manejar el ganado siguiendo las tradiciones campiranas mexicanas”. Pero no podía dejar fuera que también se refiere a quien “trai-

⁵ El Colegio de México, México, 2ª ed., 2009.

ciona al gremio que representa”. Llama, eso sí, la atención que Lara insista en la “alta copa cónica” del sombrero como una característica generalizada.

Asimismo apunta otros usos que tal vez existan en ciertas regiones del país, pero me atrevería a decir que en el occidente de México nunca se utiliza para quien “es tonto o torpe... [de] poca educación o cultura”.

También aparecen un par de acepciones de la interjección “¡charros!”: en España “orden de silencio” y en México “sorpresa e irritación”, pero falta la más socorrida entre nosotros: la que indica ¡cuidado!, ¡atención!, etc. Para mi gusto, este apreciable diccionario no acaba de dejar del todo claro el importante papel de los charros alteños de Jalisco que, desde el siglo XVII le dieron incluso forma al atuendo y marcaron el uso de ciertos utensilios. Su versión sucumbe al centralismo y se aviene más a la charrería catrina

—fifi— de los hacendados del centro de México que a la de los rancheros de Jalisco.

Dos elementos asaz significativos que forman parte del ajuar charro pueden bastar para hablar de este origen.

Por un lado el sombrero de ala ancha característico de quienes trasladan muchos animales a gran distancia, como fue el mencionado caso de las minas del norte de Zacatecas y de Durango. Las culturas ganaderas que se desenvuelven en terrenos pequeños y transitan distancias cortas con sus animales y, sobre todo, donde el ganado se halla en terrenos que, aunque grandes, estén bien delimitados y hasta cercados, como es el caso de la Salamanca hispana y los *cowboys* de Texas, por ejemplo, usan sombrero de ala corta. En cambio tenemos testimonios gráficos de que, en los mismos Estados Unidos o en el Cono Sur del continente, cuando fue necesario movilizar hatos a grandes distancias en espacios muy

abiertos, los sombreros utilizados eran también de ala muy ancha, aunque de diferente forma.

Vale decir, además, que el *soyate* de hoja larga que se requería para el sombrero charro, se hallaba en abundancia en el fondo del cañón de Juchipila. Asimismo, no es casual que en Teocaltiche, tierra alteña, se haya desarrollado la industria del repujado y de las sillas de montar, así como en Colotlán, la del *pitiado* de los correajes y otros artículos de cuero como *fajos* y cartucheras.

En las haciendas del actual estado de Hidalgo, por muy grandes que hayan sido, no era necesario que caporales y peones usaran tamaño sombrero, del mismo modo que la pértiga, lanza o como quiera llamársele, a la manera de Salamanca, resultaba más útil para el manejo de los animales. De ahí que muchos *chinacos* del centro de México se hicieran famosos como lanceros, lo mismo que otros, de lugares más

apartados de la capital, fueron formidables con la sogá.

Pero cuando el espacio es muy grande y se corre el riesgo de que en el trasiego algún vacuno pueda separarse definitivamente de la manada, en la que además se revolvían animales de muy distintos propietarios, resultaba indispensable el uso eficiente de la reata, sogá, lazo o como quiera llamársele. ¿Es imaginable un charro sin su gran sombrero y su lazo debidamente acomodado en la silla?

Es más probable que el atuendo charro de faena surgiera de Los Altos y lo hayan asumido y enriquecido con buenos paños y mejores adornos los ricos hacendados hidalguenses y mexiquenses, preferentemente dedicados al pulque, a efecto de parecer más mexicanos en un determinado momento o para emular a Maximiliano de Habsburgo, con quien hicieron buenas migas, pero no los podemos ima-

ginar haciendo *por necesidad* las faenas de la peonada.

Así como en España, a la región salmantina ya señalada se le conoce desde hace mucho tiempo como *charrería*, en México la misma palabra se refiere a la esencia misma de nuestro charro y, además, hace poco más de un siglo que se comenzó a generalizar el término *charreada* para referirse al acontecimiento particular en el que se desarrollan las diferentes “suertes” inherentes a la *charrería*. Éstas, vale insistir en ello, habían constituido antiguamente regulares actividades indispensables de los rancheros que, ante la escasez de mano de obra en tierras de poca población indígena, como los mencionados Altos jaliscienses, requerían de la colaboración de vecinos y amigos y, con el tiempo, acabaron convirtiéndola en una actividad lúdica que derivó, por cuenta de los hacendados, en el llamado “más mexicano de los deportes”, a pesar de lo

caro que resulta hoy tener y mantener uno o varios caballos.

Desde sus orígenes, a estas reuniones periódicas de comarcanos convocadas por los rancheiros se les llamaba habitualmente “herraderos”, en los cuales, por cierto, se producía ya la competencia y el lucimiento de los más avezados, así como la conclusión en el convite que ofrecía el beneficiado a todos los asistentes, lo cual servía también para la comunicación y relación entre ellos y con ellas, con los resultados debidos.

Hoy, a la charrería se le vaticina un futuro incierto, precisamente por lo que cuesta tener caballos y no se les requiere para la vida cotidiana. Se dice que decae el número de practicantes y espectadores, pero lo cierto es que en el altiplano mexicano y, de manera muy especial en el estado de Jalisco y, más aún, en Los Altos, la charrería tiene todavía una presencia muy fuerte. Incluso en pueblos modestos existen “lien-

zos” charros de buena estampa, sin mengua de que en lugares tan alejados como Chiapas, Yucatán y aun en el norte de la península de Baja California, no resulte raro hallar quienes la practiquen regularmente, por no decir que también en el sur de Estados Unidos el número de sus afiliados resulta significativo.

* * *

No deja de sorprender que de una vasta, compleja e intensa expresión cultural como la charrería, de la que se habla tanto y con tal entusiasmo, se haya escrito tan poquito. Además, gran parte de la tinta gastada está de tal manera henchida de cursilería y lugares comunes, que más bien tienden a que se difumine la naturaleza de su origen y el enorme valor social y cultural que posee esta actividad.

Predominan, en lo que podríamos llamar “literatura charra”, descripciones de suertes, de

tipos de caballos, de instrumentos, de atuendos y arreos y, sobre todo, términos elogiosos para charros notables habidos durante la pasada centuria, personas muy pudientes todas; pero, repito, poco se dice de su contenido social y de sus antecedentes formativos.

En cambio llama la atención lo desmedido de los elogios a quienes se dedican a tal actividad, máxime cuando provienen de autores del mismo gremio y, más aún, los enormes alardes de mexicanidad y de patriotismo que obligan a recordar aquello de “dime de que presumes y te diré de qué careces” o que “el elogio en boca propia es vituperio”. Lo cierto es que resulta clara la intención de esta literatura de concebir el nacionalismo mexicano a su imagen y semejanza.⁶

⁶ V. gr. Cf. Ana Cristina Ramírez, *La charrería. Tradición inventada y comunidad imaginada*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000 (Ensayo inédito); Tania Carreño King, *El charro. La construcción de un estereotipo nacional (1920-1940)*, México, Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana - Federación

Veamos, sin mayor comentario, este texto de 1972, que se debe a José Ramón Ballesteros:

La charrería nos sobrecoge, nos subyuga, se adueña de nuestro espíritu, pero también se nos entrega porque, en lo más hondo de nuestro ser de mexicanos, saboreamos la gloria de poder sentirla plena y realmente nuestra.⁷

O este otro, que no tiene desperdicio, aparecido 25 años después en una revista turística, mal copiado de un texto anterior de la autoría, considerada clásica, de Carlos Rincón Gallardo.⁸ Aparte de no citarlo, quien esto escribió, al tra-

Mexicana de Charrería, 2000; Cristina Palomar Vereá, *En cada charro, un hermano. La charrería en el estado de Jalisco*, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, 2004.

⁷ José Ramón Ballesteros, *Origen y evolución del charro mexicano*, México, Manuel Porrúa (Biblioteca Mexicana, 43), 1972, p. 6.

⁸ Carlos Rincón Gallardo, *El libro del charro mexicano*, México, Porrúa, 1939, p. 8.

tar de hacer más breve el texto original empeora las cosas que, ya de por sí, no estaban muy bien:

El charro es noble, leal y valiente hasta la temeridad. Con deleite [sic] se juega la vida. Es hospitalario y sentimental; canta y baila con alegría y donaire; le atraen los ejercicios fuertes y peligrosos, dependiendo de la destreza, de la fuerza y de la serenidad. Por tradición es el símbolo genuino [sic] nacional, y en la historia ha destacado su bizarra estampa. El charro ha sido, es y será, la representación simbólica de nuestra adorada y respetada patria.⁹

Otro charro notable, cuyo apellido podría decirse que en Jalisco es sinónimo de charrería, Juan Francisco Zermeño, afirmaba en una entrevista

⁹ Guadalupe Silva Corchera, "La charrería. Representación simbólica de lo mexicano", *Tips de Aeroméxico*, núm. 4, México, Jilguero - México Desconocido, verano de 1997, p. 14.

de prensa que “el charro es el principal baluarte y símbolo de México”. Y agrega: “Portar el traje charro y el nombre de charro es el compromiso más grande ante la sociedad, porque es uno la imagen viva de México”.¹⁰

En el libro *La charrería: tradición mexicana*, posterior a todas las obras mayores y más notables sobre el tema, Octavio Chávez, mexiquense, afirma que “la charrería es una de las tradiciones mexicanas más genuinas”, pero se desboca por obra y gracia de su entusiasmo, cuando fundamenta que es genuina “por su originalidad, arrojo, gallardía, colorido y alegría” que, a fin de cuentas, no constituyen un respaldo lógico de su aserto.¹¹

¹⁰ *Mural*, Guadalajara, Jal., 17 de septiembre de 1999.

¹¹ Octavio Chávez, *La charrería: tradición mexicana*, pról. Alfonso Rincón Gallardo, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 1991.

Finalmente, en cuanto a charros se refiere, cabe decir que su institución oficial, la Asociación Nacional de Charros, por supuesto en la Ciudad de México, es un poco más parca en sus comentarios. Solamente afirma que la charrería es “una de las actividades más representativas del ser mexicano”,¹² con lo cual estamos cabalmente de acuerdo. Y podríamos agregar aun, como ya se dijo, que es “de enorme valor”.

Ahora bien, no sólo los propios charros han lanzado entusiastas afirmaciones de esta índole: Federico Gamboa, por caso, le escribía a Carlos Rincón Gallardo que “para nosotros, el ‘charro’ es nada menos que el tipo del mexicano por excelencia, el símbolo mismo de nuestra nacionalidad”; Tomás Perrín le decía al marqués de Guadalupe: “tu estampa charra es como un ¡Viva México!, ronco y bravío”.

¹² En: <www.nacionaldecharros.com>, consultada en agosto de 2008.

El gran poeta Francisco González León, desde Lagos de Moreno, el meollo de la charrería, le escribiría a Rincón Gallardo en 1933 “que el día que en México desaparezca el ‘charro’, el alma nacional habrá dado un paso atrás en forma irreparable”.¹³

So pena de resultar excesivo, entre una enorme cantidad de posibilidades, quiero referir también lo dicho por un historiador muy reconocido de la UNAM, de nombre José Valero Silva. En ocasión del CLXXV aniversario de la Independencia y el LXXV de la Revolución mexicana, escribió un *Libro de la charrería*,¹⁴ muy catrín por cierto, que no se queda atrás:

La práctica del arte de la charrería, con sus alardes y destrezas, simboliza universalmente todo

¹³ Carlos Rincón Gallardo, *op. cit.*, pp. XXXII, XXXIX, XLVII y LII.

¹⁴ José Valero Silva, *El libro de la charrería*, México, Gacela, 1987, p. v.

lo mexicano: el charro y la china son, hoy por hoy, los herederos de las nobles tradiciones campiranas de México, y representan a la raza mexicana, con toda su dignidad y sus valores.¹⁵

* * *

Resulta llamativo, en especial por tratarse de una figura de gran arraigo en la mexicanidad, que la palabra *charro* se introduzca tan tardíamente en nuestro medio y que, antes de adoptar el patriótico significado que ahora tiene, haya dado tantos rodeos.

Al parecer, la palabra brilló por su ausencia durante toda la época colonial y las primeras décadas de la vida independiente. Su aparición en las páginas mexicanas no se produce, al menos, según lo hallado, hasta ya entrada la segunda mi-

¹⁵ *Ibid.*, p. VII.

tad del siglo XIX, y su generalización a finales de dicha centuria y principios de la siguiente.

Hay muchos textos que, aun refiriéndose a personajes que bien podrían definirse como charros por su hacer o su vestir, no emplean esa palabra. Pienso, por ejemplo, que *charro* no habría desentonado para hablar de varios protagonistas de *La hija del bandido o los subterráneos del Nevado*, escrito en la proximidad de 1887 por Refugio Barragán de Toscano (1846-1916), admirada injustamente más por su descendencia que por sus muchos méritos personales.

Lo mismo podría decirse de la famosa novela de José López Portillo y Rojas (1850-1923), *La parcela*, publicada primero en 1898. De hecho, cuando emprendí la búsqueda de “charros” en la literatura decimonónica, a pesar de haber leído ya años atrás la dicha novela, daba por seguro que, al menos don Simón Ocegüera, personaje importante de la trama, sería considerado en

más de una ocasión como un verdadero charro; pero no fue así:

... era un ranchero a carta cabal... Gigantesco, de atezado rostro, pelo castaño y patilla española, representaba a maravilla el tipo de la gente de su clase. A pie era hombre perdido. Andaba despacio y a disgusto. Sus piernas enarcadas hacia las rodillas, tenían forma de paréntesis, sin duda por la costumbre de cabalgar y eran torpes para la marcha; pero una vez sobre los lomos del caballo, era tan listo como el mejor maestro de equitación. No descendía de su cabalgadura sino para dormir y comer... Jamás vestía traje que no fuera de piel de venado o cabra, más o menos adornado con bordados y botones de plata, según la gravedad de las circunstancias y la importancia de las fiestas.

O al menos Gonzalo Ruiz, el mejor de los contornos para “sostenerse sobre el lomo de los potros serranos o de los toretes recién herrados” o para “echar el lazo con mayor seguridad y donaire a la cabeza y patas de la res” o derribarla “a carrera tendida cogiéndola por la cola”.¹⁶

No podrá decirse que este López Portillo no estuviera interiorizado de la vida del campo jalisciense. *La parcela*, es una de las novelas más representativas en esa época del medio rural mexicano. En otros textos del autor, me topé con la misma ausencia.

En tales condiciones, ya no sorprende que ninguna de las muchas palabras reunidas bajo el título de *Los mexicanos vistos por sí mismos. Tipos y costumbres nacionales*, publicada en 1854,¹⁷ estuviera la que buscamos. Sin embar-

¹⁶ Cf. *La parcela*, cap. II.

¹⁷ Fueron ellos: Hilarión Frías y Soto, José María Rivera, Juan de Dios Arias, Ignacio Ramírez, Pantaleón Tovar y Niceto de

go, uno de los seis autores participantes, Niceto de Zamacois, sí la utilizaría pocos años después. Así se verá enseguida, pero antes diré que la busqué *ex profeso* en otros muchos escritos del siglo XIX, con el mismo resultado. Menciono solamente algunos: Juan Díaz Covarrubias (1833-1889), *La clase media* (1858) y *El diablo en México* (1860); José T. de Cuéllar, “Facundo” (1830-1894), en sus tres novelas costumbristas, *Ensalada de pollos* (1871), *Baile y cochino* (1886) y *Las jamonas* (1891); Ángel del Campo, “Micrós” (1868-1908): *La rumba* (1890) y Pedro Robles, quien usa en *Los plateados de tierra caliente* (1891), precisamente el término “plateado” para personajes que muy bien podrían ser llamados *charros*. El mismo saldo se obtuvo de la revisión de narraciones más cortas

Zamacois; impresa en México por M. Murguía y Comp., con 290 páginas.

publicadas en la famosa revista tapatía *La República Literaria* (1886- 1890), de autores ya muy reconocidos entonces.¹⁸

Por otra parte, también hice una pesquisa, aunque no exhaustiva, con poco éxito, en la prensa de la segunda mitad del siglo XIX. No faltan comentarios o noticias en los que la palabra podría estar y no está. Un ejemplo es el de *La Voz de México*, “Diario político, religioso, científico y literario”, que se editó durante el primer semestre de 1881 en la capital. El día 10 de mayo comenta el acuerdo del Cabildo de la Ciudad de México de crear un “club” para contrarrestar lo que llama “decadencia del vigor del ganado caballar” y de “la fama de buenos ginetes

¹⁸ Entre otros: Manuel Álvarez del Castillo, Manuel M. González, Salvador Quevedo y Zubieta, el ya citado José López Portillo y Rojas, Antonio Zaragoza, Ismael Palomino, Carmen Silva, Juan de Dios Peza, Miguel Álvarez, Mariano Coronado y Victoriano Salado Álvarez, vale señalar que en obras posteriores, ya muy entrado el siglo XX, este autor sí recurrió profusamente al término de referencia.

[sic] que han tenido los mexicanos... debido a que desaparece de día en día la costumbre de ciertos ejercicios de equitación, como los coleaderos, manganeos y demás ejercicios varoniles que favorecen mucho el desarrollo físico de la juventud”.

Igual es el caso de *Mefistófeles*, “Semanario burlesco ilustrado” de mediados de 1878. El número del 12 de octubre lleva y trae a un personaje que tiene todas las características de un charro, pero el resultado es el mismo.¹⁹

Por su parte, *El Diablo Bromista*, aparecido en México durante el primer cuatrimestre de 1898, que se reputaba como “órgano de la clase obrera, azote del mal burgués y coco del mal gobierno”, publica en su primera página del 24 de febrero una caricatura de un sujeto vestido de charro, en representación del pueblo mexicano

¹⁹ Los propietarios eran Juan Pino y Adolfo Obregón.

agobiado por “impuestos”, “contribuciones” y demás, pero tampoco se halla la palabra.

En cambio, podemos constatar que en Guadalajara el atuendo de charro se reconocía como tal desde antes de 1874. En este año, “por agradar”, un cantante se vistió de charro para cantar *La Paloma*, en el Teatro Degollado.²⁰

Asimismo, en 1893 y 1894 se hallan en *El Mercurio* y en *Juan Sin Miedo*, sendos anuncios de “sombremos charros” a buen precio.²¹

Lo que cabe señalar es que la palabra se dedica de preferencia a participantes en concursos, exhibiciones, etc., esto es, no se trata del charro del campo que trabaja en su rancho ni de quien

²⁰ *El Grito del Pueblo*, “Periódico de política y variedades”, núm. 9, Guadalajara, 11 de agosto de 1874, p. 3 [apareció de abril a octubre de 1874 y en enero de 1875].

²¹ *El Mercurio*, “Literario, social, religioso”, Guadalajara, 9 de julio de 1893, p. 54; *Juan Sin Miedo*, “Semanario humorístico y de caricatura”, Guadalajara, 14 de octubre de 1894, p. 6.

gobierna su hacienda, sino de un partícipe de espectáculos y desfiles.

El Sol cuenta, por ejemplo, que con motivo de las fiestas patrias de 1899, en las calles de Atotonilco “hubo elegantes y vistosos carros, cabalgatas de charros, serenatas elegantes, discursos oficiales... con música y reinas”;²² y el 1º de octubre contaba que “varios charros mexicanos” recorrían los Estados Unidos y se exhibían en “coleaderos y diversiones de esta especie”. Ellos habrían de participar en un concurso de jinetes y lazadores, ataviados “a la usanza de sus respectivas nacionalidades”, que se llevaría a cabo en San Luis Missouri.²³

No es necesario recalcar que, a medida que avanzó el siglo XX, el uso del vocablo en toda la prensa mexicana se generalizó, lo mismo que en la literatura culta y popular, con lo que podemos

²² *El Sol*, Guadalajara, 28 de septiembre de 1899, p. 1.

²³ *Ibid.*, p. 2.

dar por entronizado el término. Incluso autores reticentes en sus primeros escritos, como es el caso de Victoriano Salado Álvarez (1876-1931), cuando escribió sus *Memorias*, publicadas en 1946, y aun desde los primeros *Episodios nacionales*, que datan de principios del siglo XX, hizo gran uso de la palabra, hasta para referirse a épocas remotas, como es el caso del atuendo que nos dice que portaba López de Santa Anna cuando vivió en las inmediaciones de la población colombiana de Turbaco.²⁴

Vale insistir en que la mayor parte de las menciones de los charros en la literatura de las últimas dos décadas del siglo XIX, tienen el sentido del atuendo: el traje en su conjunto, que parece ser ya el que se consideraba “nacional”, el som-

²⁴ Victoriano Salado Álvarez, *Episodios nacionales mexicanos*, cap. XII, “De Santa Anna a la Reforma”, México, Fondo de Cultura Económica, 1984 [ed. facsimilar], t. I, p. 181.

brero jarano, de ala ancha,²⁵ o alguna otra prenda en particular.

El libro de mis recuerdos, del eminente geógrafo Antonio García Cubas (1832-1912), publicado por vez primera en 1905, habla de los “abigarrados trajes de charro, recargados de bordados y alamares de plata” y de charros “de calzonera de paño con botonadura de plata y sombrero canelo galoneado”. Es lo que también se menciona como el atuendo del rancharo.²⁶

En su famosa novela *Tomóchic* —publicada en 1894— Heriberto Frías (1870-1925) habla de quienes llegaron “ataviados a lo charro”,²⁷

²⁵ “El charro de jarano y el currutaco de sombrero de copa alta” van a la procesión de *corpus* dice Luis González Obregón en *México Viejo*, publicado por primera vez en 1891 (México, Patria, 1966, p. 437).

²⁶ Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, México, Porrúa, 1986, pp. 271, 316 y 329.

²⁷ Heriberto Frías, *Tomóchic*, México, SEP (Cartuchos al Viento), 1994, p. 209.

y Guillermo Prieto (1818-1897) nos describe con sumo cuidado el atuendo del Charro Campa y, de paso, subraya su filiación republicana durante la Intervención.²⁸ Salvador Quevedo y Zubieta, tapatío (1859-1935), cuando escribió fuera de México sus *Recuerdos de un emigrado*, publicado en Madrid en 1883, lleno de nostalgia hace memoria de los rodeos y herraderos, pero la imagen del charro y la palabra sólo le viene a cuento un par de veces como bailador de jarabes.²⁹

Por tratarse de quienes se trata, quiero hacer una mención especial de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) y de Manuel Payno (1810-1894). El primero de ellos, cuya prolongada estancia en Guadalajara dio lugar a su novela

²⁸ Guillermo Prieto, *Musa callejera*, México, Porrúa (Sepan Cuantos..., 198), 1985, p. 279.

²⁹ *México. Recuerdos de un emigrado*, Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1883, pp. 149 y 210.

Clemencia (1869), hace en ella diferentes referencias y descripciones de personajes que muy bien podrían haber sido llamados charros, pero no sucede así. En cambio en *El Zarco*, escrita unos 15 años después, inspirado en los alrededores de Yautepec, Morelos, nos dice lo siguiente: “El jinete estaba vestido como los bandidos de esa época, y como nuestros charros, los más charros de hoy”.³⁰

Por su parte, la famosa novela de Payno, *Los bandidos de Río Frío*, publicada entre 1888 y 1891 por entregas, como se estilaba en la época, sorprende por el poco uso de la palabra, en tanto que abundan expresiones como “el traje nacional”, que portaba la mayoría de los rancheiros. Quizá hasta podría decirse de nuevo que el término se refiere únicamente al atuendo. Exis-

³⁰ Ignacio Manuel Altamirano, *El Zarco*, en *Obras completas*, t. IV, *Novelas y cuentos*, México, SEP, 1986, t. II, p. 118.

te incluso un capítulo, “El herradero”,³¹ donde la palabra aparece alguna vez sin connotación definida. Ello ocurre al describir con detalle las faenas del caso sin que lleguen a definirse como *charrería*. Es evidente que, para Payno, el vocablo no tenía del todo el significado actual.

Puede verse que no es mucho lo que hay. En realidad, a finales del siglo XIX y primeros años del XX sólo se hallaron dos autores que utilizaran el término “charro” profusamente y no sólo por su atuendo y su condición ecuestre; es decir, mientras está ocupado en actividades cotidianas y no de exhibición. Y que, además de ponderarlo, le atribuyen cualidades tales como entereza, valentía, formalidad, cumplimiento de la palabra empeñada, enemigo de traiciones y de ventajas, etcétera.

³¹ Cap. XXXIII de la segunda parte.

Uno es el veracruzano Rafael Delgado (1853-1914), quien vivió en Jalisco durante muchos años a caballo del 1900. Sus obras son muchas, y la permanencia de la palabra charro, portador del “gallardo traje nacional”, como escribió en 1902,³² es constante. En su novela *La calandria*, de 1890, habla reiteradamente del traje de charro,³³ aunque tal vez *Angelina*, de 1893, enaltezca más que otras la elegancia del atuendo,³⁴ además de que subraya su filiación rural y sobre todo ranchera.³⁵

También habla con frecuencia de la condición de “charreador”, como es el caso en *Mi Semana Santa y Justicia popular*, entre otras.³⁶

³² Rafael Delgado, *Los parientes ricos*, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario), 1986, p. 72.

³³ Especialmente los caps. IV, V, IX y XVII.

³⁴ *Cf.*, caps. IX, XXX, XXXIII, XXXIV y XLIII.

³⁵ Cap. XLVII.

³⁶ *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX*, México, Tipografía de O. R. Spindola y Compañía, 1889, p. 24.

Ahora bien, aunque Luis González Obregón asegurara “que deja mucho que desear... en función de su antigüedad”, pues data de 1865, en plena Intervención francesa, hay que atender especialmente a la novela de Luis G. Inclán, titulada *Astucia. El jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama. Novela histórica de costumbres medianas con episodios regionales*. Su escenario son las tierras de Michoacán, Morelos y Puebla, que el autor conoció muy bien, y la trama constituye un verdadero exhorto mexicanista que, en ese momento, asumió un significado muy especial. Son los “hermanos de la hoja... unos charros desengañados” que se han juntado para defenderse.³⁷

³⁷ Luis G. Inclán, *Astucia*, prólogo de Salvador Novo, México, Porrúa (Sepan Cuantos..., 63), 2003, cap. VI, p. 84.



Para empezar, vale decir que el héroe principal es Astucia, el jefe de los charros contrabandistas, con todas las cualidades del caso. Desde el prólogo el autor nos espeta:



En estos charros se ve patentizado a toda luz el verdadero carácter mexicano y virtudes naturales de los rancheros que figuran como gente de la clase media... ajenos de los fingimientos de falsa política, con la mejor buena fe manifiestan los sentimientos de su corazón, probando con hechos su franqueza, hospitalidad, desinterés, respeto, sincera amistad y cuanto bueno y útil puede tener un hombre para sus semejantes.



Obviamente la vestimenta desempeña un papel importante, aunque mucho menor que en textos que le sucedieron, a cambio de las cualidades del carácter de quien puede reputarse

como “verdadero charro”³⁸ y de las suertes que saben ejecutar “tanto el manejo de la reata como en la agilidad y maestría en sortear un toro bravo, en colear y en manejar un caballo...”³⁹ lo caritativos que son⁴⁰ o, en suma, que se trata de “hombres de bien”.⁴¹

Igualmente vale destacar que aparece la ya citada expresión “charritos de agua dulce” para aquellos que quieren parecer lo que no logran ser.⁴²

Años después, en 1872, Inclán publicaría un extenso poema narrativo titulado *El capadero de la Hacienda de Ayala. Propiedad del señor José Trinidad Pliego, verificado en los días 25 y 26 de junio de 1872*. De él entresacamos versos de dos diferentes lados que hablan por sí solos:

³⁸ *Ibid.*, cap. VII, pp. 96 y 97.

³⁹ *Ibid.*, cap. XV, p. 101.

⁴⁰ *Ibid.*, cap. XVI, p. 314.

⁴¹ *Ibid.*, cap. XVII, p. 318.

⁴² *Ibid.*, cap. XV, p. 262.

Pasamos a la charreada,
los dichos, las ocurrencias,
los lances, las competencias,
en los días de coleada...
...dio mil vueltas de liviano
aplicadas con maestría,
en el *Mirabién* corría
y aunque dice estar pesado,
es un charro consumado
y su destreza lucía.

Luis G. Inclán, entre otras cosas, fue impresor hacia 1860 y tuvo oportunidad de hacer la segunda edición en 1861 de una obra, nada pequeña por cierto, escrita por Niceto de Zamacois (1820-1885) cuando éste se hallaba de regreso a su natal España. Había sido publicada un año antes, en 1860, por la imprenta de V. Segura, y había tenido gran éxito. Se trata de *El jarabe, obra de costumbres mexicanas*,

jocosa, simpática, burlesca, satírica y de carcajadas, escrita para desterrar el mal humor, herencia que nos legó nuestro padre Adán por un necio antojo que quiso satisfacer. Lo particular de esta obra, para el caso, es que constituye la más antigua utilización de la palabra charro de que tenemos noticia en México para hacer referencia al personaje de marras:

Ahí tienen ustedes, junto a esa robusta frutera, al *charro* (gente de campo cuyo traje de montar a caballo es enteramente nacional) mejicano con sus calzoneras de azul celeste.⁴³

O bien:

Sólo le falta para completar el vestido de *charro*, la rica manga.⁴⁴

⁴³ *El jarabe...*, p. 221.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 222.



Es, pues, el bilbaíno De Zamacois, a quien por el momento tenemos que considerar como el primero que puso en letra de imprenta la palabra “charro” en 1860 para referirse a los jinetes mexicanos. Por ello no deja de ser sugerente que un vocablo de origen vasco, que pervive en Navarra, haya sido utilizado allá cuando todavía no se estilaba mucho por acá, y por un escritor oriundo de aquellos lares del norte peninsular.



Lo que sí resulta extraño —como ya se dijo— es que dicha referencia o bautizo de una figura que se proclama tan mexicana no haya empezado a utilizarse hasta que declinaba el siglo XIX. De tal manera que, cada vez que se emplea hoy la palabra charro para hacer referencia a personajes anteriores a este tiempo, se está cometiendo un cierto anacronismo.



Por otro lado, conviene tener presente que esta palabra, que nombra a un digno jinete rural, tampoco acababa de consolidarse en España al

mediar el siglo XIX. Antonio Llorente Maldonado de Guevara, así lo denota en su estudio sobre *Las comarcas históricas y actuales de la provincia de Salamanca*.⁴⁵ Aunque no lo toma en cuenta, abona este autor a lo dicho entre 1836 y 1857, en un *Semanario Pintoresco Español*, que dedica una corta loa a los “charros de Castilla”, cuya honradez, dice, “es proverbial”, aunque lamenta que en “la ciudad son objeto de la burla de la gente soez”. Asimismo, habla en términos laudatorios de “las charras” a quienes define como “enamoras y sensibles en sus sombrías soledades”.⁴⁶

Tal vez por sus ideas políticas muy conservadoras, Llorente pasa por encima el hecho, en apariencia muy significativo, de que un “guerri-

⁴⁵ La primera edición data de 1976, pero se ha manejado aquí la tercera “revisada y puesta al día”, publicada en Salamanca por el Centro de Estudios Salmantinos en 1990, *cf.*, pp. 119-121.

⁴⁶ Se consultó una selección de sus artículos realizada por Juan Francisco Blanco y publicada por el Centro de Cultura Tradicional de la Diputación de Salamanca, p. 28.

llero de la guerra de la Independencia española”, llamado Julián Sánchez,⁴⁷ quien había sido “ganadero y mayoral de reses bravas,” alrededor de 1810 se alzó en armas contra los franceses al frente de una partida de jinetes y lanceros, como él, y se ganó precisamente el sobrenombre de El Charro.

A pesar de que Sánchez contribuyó de manera importante al triunfo sobre los invasores, en muchos textos pasa desapercibido debido quizás a sus ideas liberales y, tal vez, también al sobrenombre, lo cual hizo que la mayor parte de su vida y, sobre todo, su muerte quedaran en la penumbra. Pero bien podemos suponer, por igual, que tales ideas dieran pie a que adoptara un apodo de raíces populares.⁴⁸

⁴⁷ Julián Sánchez, “El Charro”, era natural de Santiz (Salamanca) donde tenía su pequeña propiedad.

⁴⁸ Germán Bleiberg, *Diccionario de historia de España*, Madrid, Alianza Editorial, 1979.

Seguramente, por tal filiación del término, a diferencia de México, en España nunca se pensó en denominar “charro” a personajes en verdad de alcurnia y postín, cuantiménos de rancia nobleza. En el mejor de los casos daba para gente medianamente acomodada.

En México, en cambio, hallamos una línea de charros rancheros que nos lleva principalmente a los pequeños propietarios de Los Altos de Jalisco, quienes se asocian más fácilmente con el concepto de charro, pero no podemos negar, como se dijo, que del término también se adueñaron grandes hacendados pulqueros y mineros hidalgenses y, por extensión, los más adinerados terratenientes del centro de la República, que después de la Revolución, contribuyeron a convertirlo en el prototipo de la mexicanidad.

De ahí, por ejemplo, que un norteamericano, Edward Larocque Tinker, quien se reputaba un gran conocedor de México porque había venido

algunas veces —aunque solamente estuvo en la capital y sus alrededores— asentara tajantemente que “se conocía a los hacendados por el nombre de charros... mientras que a los servidores se les llamaba vaqueros”.⁴⁹

El 4 de junio de 1921 se constituyó en la ciudad de México la Asociación Nacional de Charros, la primera organización formal que hubo, con lo que daría comienzo la historia institucional de la charrería como una actividad de esparcimiento y urbana. Pero no es el caso seguir aquí a estas agrupaciones, ya que este trabajo responde al interés por ahondar más bien en cómo hizo su aparición y se desarrolló en México la tan llevada y traída palabra charro, hasta convertirse en un elemento muy importante de la idea que muchos tienen o tenemos de nuestra iden-

⁴⁹ *Los jinetes de las Américas y la literatura por ellos inspirada*, Buenos Aires, Kraft, 1952, pp. 69-70.

tividad nacional y todos los jaliscienses de nuestra identidad regional. No de balde, el equipo de beisbol que tenemos en la primera fuerza se llama, sin que nadie lo haya cuestionado, precisamente Charros de Jalisco.

En 1928 apareció *Charrerías*, el libro clásico de Alfredo B. Cuéllar,⁵⁰ después un brillante economista, con el que se consolidaban y condensaban tantas cosas dichas ya sobre la charrería, con lo cual Tinker pudo haber tenido una idea mucho más clara si no se hubiera contentado, como tantos estadounidenses, con observaciones a las volandas. Asimismo, ya corría de boca en boca aquel famoso corrido que habla de la muerte del gran “caudillo del Sur”:

Montado con garbo en yegua alazana,
era charro de admirar;

⁵⁰ Alfredo B. Cuéllar, *Charrerías*, México, Impr. Azteca, 1928.

y en el coleadero era su mangana
la de un jinete cabal.

...

Una rana en un charquito
cantaba en su serenata
—¿Dónde hubo un charro mejor
que mi general Zapata?⁵¹

⁵¹ Cf. Vicente T. Mendoza (selecc.), *El Corrido Mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 82.



RESPUESTA
DE
FELIPE GARRIDO



Esta tarde, que ya se nos va haciendo noche, la Academia Mexicana de la Lengua se ha reunido en El Colegio de Jalisco, cuya fraternal hospitalidad cumplida y gustosamente festeja, para recibir como académico correspondiente en Guadalajara a José María Murià.

Acabamos de escuchar las palabras de nuestro maestro, amigo y compañero, siempre apasionado, siempre docto, siempre ameno. José María nos contó cómo fue que la palabra *charro* cruzó la mar océano y, en el español de América, en especial en México, añadió nuevos significados a los que ya tenía. Cómo,



a partir de acepciones bajas y aun peyorativas terminó, para sorpresa nuestra y de Murià, que lo suponíamos un fenómeno más temprano, ya en las postrimerías del siglo XIX, por designar al hombre que se distingue por su habilidad con el lazo y el caballo, por su carácter resuelto, por su decoro y su hombría, al punto de llegar a ser, para muchos, el símbolo más alto de la mexicanidad.

La lección del doctor Murià fue viva y clarísima: todas las lenguas están sometidas a cambios continuos en su vocabulario, su sintaxis, su ortografía. Los idiomas son seres vivos. Los llamamos lenguas muertas cuando dejan de ser hablados, porque entonces dejan de cambiar. Cuando nadie los habla ni los lee, desaparecen, se extinguen, los perdemos. El náhuatl y el griego clásicos ya no sufren cambios porque ya no son lenguas habladas. Hay idiomas aún anteriores, como el que algún día resonó en Ur, de los que



conocemos la escritura pero no sus formas sonoras. Los conservamos en monumentos escritos que son testimonios de las culturas que los crearon, de los hablantes que vertieron en los signos de su escritura lo que recordaban, sabían, esperaban o temían, lo que imaginaban o los conmovía o los hacía sentirse tocados por el aliento de la poesía.

No puedo, ni quiero, ni pretendo ocultar que me produce una enorme satisfacción que me corresponda a mí abrir oficialmente las puertas de nuestra Academia, con estas palabras, a José María Murià, historiador, investigador, escritor, funcionario, maestro, encendido columnista y polemista que, por derecho propio, tenía ganado este sitio desde hace tiempo.

Me alegra por razones que podrían parecer metalingüísticas; porque Murià ha sido siempre un denodado crítico del centralismo, un promotor del equilibrio entre el centro y la



periferia. Admiro que lo haya hecho en la decena de obras que ha dedicado a la historia de la Nueva Galicia, Jalisco y Guadalajara, y aun en las que se ha ocupado de su otro gran tema: como dice Azuela, “Al champaña que ebulle en burbujas donde se descompone la luz de los candiles, Demetrio Macías prefiere el límpido tequila de Jalisco”. También José María.



La Academia Mexicana de la Lengua conoce bien lo que significa buscar el equilibrio entre el centro y la periferia. Por mucho tiempo hubo una única academia del español, la Real Academia Española, la RAE, fundada en 1713. Las guerras de independencia fraccionaron, al comenzar el siglo XIX, las antiguas posesiones americanas de España en un grupo de nuevas naciones. La RAE comenzó a crear, bajo su tutela, academias de la lengua en esos países. La primera fue la colombiana



na, en 1871; siguió la ecuatoriana, en 1874; la tercera fue la mexicana, en 1875. Era una nueva forma de dominio. Tan únicamente suya sentían los españoles nuestra lengua, que la *Gramática* publicada en 1931 por la Real Academia no incluye ninguna cita de un autor que no sea español.

Sin embargo, en el primer tercio del siglo XX, entre otras obras, Azuela había publicado *Los de abajo*; Arguedas, *Raza de bronce*; Vallejo, *Los heraldos negros* y *Trilce*; Borges, *Cuaderno San Martín* y *Evaristo Carriego*; Pellicer, *Piedra de sacrificios*; Güiraldes, *Don Segundo Sombra*; Arlt, *El juguete rabioso*, *Los siete locos* y *Los lanzallamas*; Gallegos, *Doña Bárbara*; Gabriela Mistral, *Desolación* y *Ternura*; Neruda, *Crepusculario* y *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*; Guzmán, *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo*; Juana de Ibarbourou,

La rosa de los vientos; Huidobro, *Altazor*... Con éstos y otros libros, éstos y otros autores igualmente notables habían ido edificando nuestra lengua; incorporando a ella la savia y la sangre de América en diversas variantes de nuestra habla: todas vigorosas e igualmente legítimas que el español de Madrid, pues todas surgían de la historia, el genio y la necesidad de hablantes para los cuales el modo propio de expresión era el español.

Abundan en las obras mencionadas expresiones y voces que se apartan del español general; igual sucede con autores de allende el Atlántico. Un glosario y algunas notas facilitan la lectura de Arlt, Gallegos o Güiraldes... tanto como la de Valle-Inclán o Miró. En el *DRAE*, el español general terminaba por ser el de Madrid; se concentraba la atención en los españolismos y era muy poca la que recibían los americanismos.



En el primer tercio del siglo XX, la RAE era dueña del bien decir en español; las academias nacionales y la mayoría de los académicos acababan sin reparo sus disposiciones. Algunos espíritus libres, sin embargo, ya habían ido concluyendo que la corrección del español no podía depender de la forma de hablarlo y escribirlo en un centro único. En 1901, Unamuno escribió:



Desparrámase hoy la lengua castellana por muy dilatadas tierras, bajo muy distintas zonas, entre gente de muy diversas procedencias y que viven en diversos grados y condiciones de vida social; natural es que [...] se diversifique el habla. Y ¿por qué ha de pretender una de esas tierras ser la que dé norma y tono al lenguaje de todas ellas? ¿Con qué derecho se ha de arrojar Castilla o España el cacicato lingüístico?



Tuvo que pasar medio siglo, e hizo falta que interviniera un presidente de la República para que la situación comenzara a cambiar: en 1950, el presidente de México, Miguel Alemán, propuso a la Academia que convocara a un congreso de todas las academias y todos los académicos del español. Nunca se había hecho. Fue el primero.

Se inauguró el 23 de abril de 1951 y fue muy accidentado; el gobierno franquista había prohibido a los académicos españoles que viajaran a México y los asistentes tuvieron que enfrentarse a un problema crucial. ¿Seguiría la RAE dominando el español, o ese poder debería estar ya no en el centro sino en la periferia, compartido por todas las academias? Don Martín Luis Guzmán propuso que de momento se rompieran los lazos con la RAE; su propuesta indignó a muchos de los asistentes...

La historia de este congreso está contada con detalle en un libro publicado por la Academia Mexicana de la Lengua. En su segunda edición, a minutos de aparecer, se titula *Orígenes de la Asociación de Academias de la Lengua Española*. Recomiendo vivamente su lectura, porque sus lecciones son útiles en numerosos terrenos, incluyendo el del lenguaje. José María habría disfrutado inmensamente haber participado en este congreso.

En el caso de Murià, el enfrentamiento de la periferia contra el centro tiene una raíz jalsciense que arranca en los conflictos entre la Nueva España y la Nueva Galicia que Nuño de Guzmán soñó como un reino autónomo, y luego avanza con los choques entre república e imperio, entre federalistas y centralistas, entre los gobiernos estatales y el gobierno central; hay además una raíz ultramarina, paralela y aún más antigua, de Cataluña frente al gobierno español.

Y todo esto, a final de cuentas, hay que decirlo, hay que escribirlo, se traduce en lenguaje y es tema para la Academia.

Pues el propósito de la Academia Mexicana de la Lengua es el estudio del español, de sus variantes dialectales mexicanas y de los fenómenos que provoca el contacto con las lenguas originarias de nuestro territorio.

Vale la pena ver más de cerca las diferencias de Jalisco con el centro. El Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, la primera institución a la europea de educación superior en la Nueva España, se fundó en México —el centro— en 1536. Pasaron cuatro décadas antes de que en Guadalajara —la periferia— los niños pudieran acudir al Colegio de Señor San Pedro (1570), y las niñas al de Santa Catalina de Siena (¿1576?).

La imprenta llegó a México en 1539; a Guadalajara más de dos siglos y medio después, en 1793.



La Real y Pontificia Universidad de México abrió sus puertas en 1553. En 1791, más de dos siglos más tarde, Carlos IV, jinete en *El caballito* —de Tolsá, como el proyecto del Hospicio Cabañas—, autorizó una universidad para Guadalajara.



La imprenta, la Universidad, la acumulación de tribunales, colegios, conventos y escuelas, la corte virreinal y el obispado concentraron en México el tráfico de libros, congregaron ingenios, propiciaron justas poéticas, estimularon la circulación de manuscritos. No tuvo Guadalajara parejas condiciones. Pero ya en los remotos días en que Jalisco y sus alrededores fueron la Nueva Galicia hubo, allende el de las audiencias, un enfrentamiento igualmente encarnizado, que sería muy revelador seguir —no ahora, no en este momento ni aquí— en ese tan importante y tan hecho a un lado territorio de los poderes eclesiásticos.



La Nueva Galicia, desde un principio, se había atrevido a medirse con la Nueva España. Y con el tiempo creció el afán de emulación. Fue evidente con la revolución en contra del gobierno virreinal. En aquella primera prensa, tan tardíamente llegada a Guadalajara, Francisco Severo Maldonado imprimió para Hidalgo los siete números de *El Despertador Americano*, el primer periódico insurgente, entre diciembre de 1810 y enero de 1811.



Lograda la Independencia, la imprenta comenzó a multiplicarse y los ilustrados progresistas se fueron tornando románticos y liberales. Un grupo de estudiantes de leyes creó la Sociedad Guadalupeña de Amigos Deseosos de Ilustración, de filiación masónica, y publicó *La Estrella Polar* (1824-1828). Los talleres de impresión llegaron a Lagos de Moreno en 1850; a San Juan de los Lagos en 1859; a Zapotlán el Grande en 1863. Doce años después, en la



capital del país se fundó la Academia Mexicana, el 25 de septiembre de 1875.

Y entreverados con los intelectuales, con los insurgentes y los realistas, con los obispos y los corregidores, los charros se lucían en las faenas cotidianas del manejo del ganado, aunque aún no los llamaran así. En aquella sociedad montar en burro, en mula, en macho eran faenas indispensables; montar un buen caballo y saberlo manejar era atributo enormemente apreciado.

Aunque la palabra *charro* aún no se usara, el primer tapatío que cambió el rumbo de nuestras letras, Fernando Calderón, fue un hombre de a caballo —su familia era de hacendados— que nació un año antes de que Hidalgo aboliera la esclavitud —en esa misma ciudad.

Cuando los “amigos deseosos de ilustración”, un grupo de liberales, fueron perseguidos, Calderón se marchó a Zacatecas, que estaba

alzada contra el gobierno central —no sólo Jalisco tenía conflictos—. En 1835 se alistó con las fuerzas que intentaron defender la ciudad y fueron derrotadas por Santa Anna. Entre 1837 y 1839, en México, conoció a Heredia y asistió a la Academia de Letrán. Escribió los dramas que le conocemos, y poemas. “El sueño del tirano” se refiere a Santa Anna, que acababa de perder Tejas: “¡Ya tiene con fuego/ marcada la frente/ del vil delincuente/ la mano de Dios!”

Costumbre de románticos, Calderón murió antes de cumplir 35 años. Lo recuerdo aquí con sus encendidos poemas, con su teatro que busca tierras y tiempos remotos —*El torneo, Hermano o la vuelta del cruzado*— para describir lo que sucedía en la República porque, con Rodríguez Galván, él inauguró nuestro romanticismo.

Las nuevas ideas políticas y estéticas alentaron, entre 1849 y 1867, las primeras revistas literarias en Guadalajara: *El Ensayo Literario*;

La Aurora Poética de Jalisco; La Ilustración; La República, La Prensa... En *La Esperanza*, figuran José María Vigil y Jesús López Portillo, un gobernador que se daba tiempo para escribir. (Un siglo después lo harían Agustín Yáñez en Jalisco, y en Colima Griselda Álvarez —nacida en Guadalajara, en 1913—, gobernadora la primera del país y poeta rabiosamente vital: “Nací para vivir. Para el dispendio./ Para salvar la rosa de la espina,/ para aumentar con llamas el incendio,/ para soñar la gloria que alucina”.)

Lo que hoy es México es un territorio donde se ha ejercido siempre, desde tiempos de los mexicas y aun anteriores, un riguroso centralismo. Mitigado pasajeramente por el desorden de la guerra de Independencia y el espíritu federalista de algunos liberales, volvió a crecer del porfiriato en adelante y ahora está de nuevo potenciado. También Guadalajara lo ha profesado, sobre Jalisco y sobre el occidente. Salado

Álvarez, Azuela, Martínez, Chumacero, Rulfo, Alatorre, Arreola fueron de Teocaltiche, Lagos, Atoyac, Acaponeta, Apulco, Autlán de la Grana, Zapotlán el Grande a Guadalajara y después a México.

Incluso un poeta con vocación de ermitaño, González León, tuvo que ir de Lagos a Guadalajara para hacerse boticario. Su amigo y paisano Azuela lo vio, hacia 1895, en La Fama Italiana,

a las inmediaciones de la mesa de los literatos que a diario concurrían a la hora del aperitivo. Manuel Puga y Acal, recién llegado de Europa, con el prestigio de la divina Lutecia; Victoriano Salado Álvarez, enfático y satírico; Jorge Delorme y Campos, atildado y definitivo [...] El oscuro estudiante de farmacia, alelado, no perdía palabra, inconsciente todavía de que ni en temperamento ni en comprensión tenía nada que envidiarles.

Un siglo después, cuando Ernesto Flores reunió sus poemas tituló el libro *Mensajes desde el olvido* porque, dijo, “nadie sabe que existimos los de provincia, y los que escribimos lo hacemos desde el olvido”. Especialista en González León, poeta, melómano, descubridor y encaminador de vocaciones, editor de jóvenes —como Nandino, Arreola, Carballo, Batis, Gutiérrez Vega— Flores llegó a Guadalajara de Santiago Ixcuintla, Nayarit, donde nació en 1930. Se abstuvo de acabar en México y también del retorno a la aldea; a “la vieja casa conventual y fría;/ las grandes y recónditas alcobas;/ los cuentos de los duendes que ahí andaban/ cambiando de lugar a las escobas”, dijo González León.

El florecimiento de las letras de Jalisco, en la capital, su vigorosa contribución a la *literatura*, es asunto del siglo XX. Si las editoriales, la crítica, las academias, los diarios y revistas de alcance nacional, los colegios, el público y la

puerta al mundo estaban en la capital del país, allá había que ir. Y allá fueron los escritores de Jalisco, cada uno con los fantasmas de su infancia a cuestas. Tres factores contaron para su buen éxito:

1. Habían hecho sus primera letras con maestros de excepción, lectores convencidos de que la literatura tiene un papel central para formar a una persona —algo que ha olvidado nuestra escuela—: en Lagos, el Liceo del Padre Guerra para González León y Azuela; en Zapotlán el Grande, la escuela de Los Aceves para José Luis Martínez y Arreola; en Autlán, la de María Mares para Alatorre...
2. La Guadalajara que los recibió —*gala y flor de nuestra tierra*, la llama Prieto— tenía una intensa vida cultural —sigo a José Luis Martínez— que había crecido desde finales del

siglo XIX en torno a escritores, juristas, historiadores como López Portillo y Rojas, Puga y Acal, Álvarez del Castillo, Vallarta, Pérez Verdía y Vigil. Había varios centros de formación musical y conciertos tanto privados —Tula Meyer— como del Teatro Degollado y de la academia de José Rolón; bibliotecas como las de Efraín González Luna y José Cornejo Franco; discotecas como las de José Arriola Adame y Enrique Díaz de León; las lecturas en casa de Agustín Bascave; las tertulias del Museo, que presidían Ixca Farías y Manuel Martínez Valadez; librerías como la Font; y un espíritu solidario que permitía compartir estos espacios y recursos.

3. Quienes luego llegaron a México encontraron un movimiento cultural aún más intenso, trabajaron juntos, aprendieron unos de otros, y de muchos más, arribados de otros sitios:

Reyes, Torri, Gorostiza, Revueltas, Monteroso... por mencionar unos cuantos.

Ya que no era posible florecer por entero en la periferia, lo hicieron en el centro.

Debo confesar que nunca he visto a un académico vestido de charro. Yo esperaba que José María llegara hoy con chaqueta corta, calzoneras y sombrero galoneado. Ya será otro día. Conozco una única foto de uno de nuestros académicos a caballo. Viste traje charro, aunque no de lujo sino de faena; sombrero de soyate con alta copa cónica; apoya un codo en la cabeza de la silla; al lado pende el lazo. Es Joaquín García Icazbalceta: historiador, escritor, editor, filólogo, bibliógrafo. Dueño de la Hacienda de Santa Clara de Montefalco y de otras fincas, en Morelos. En 1875, cuando tenía 50 años, fue uno de los fundadores de la Academia Mexicana, y su secretario hasta

1883, cuando pasó a ser su tercer director, hasta 1894, cuando murió.

* * *

Esta noche la Academia Mexicana de la Lengua quiere romper una lanza más en favor de la periferia; quiere propiciar una mayor cercanía con sus miembros correspondientes y establecer con ellos formas de laborar que vuelvan rutinario el trabajo conjunto de todos sus miembros. Por eso en el año próximo volveremos a establecer una Comisión de Enlace encargada de esta tarea y de establecer firmes nexos de colaboración con otras instituciones de cultura y de educación superior, como El Colegio de Jalisco; por eso estamos esta noche aquí, en este patio aromado y fresco.

Antes que José María Murià ha habido otros 12 académicos correspondientes en Guada-

lajara. El primero fue don Atenógenes Silva (1848-1911), electo el 1º de enero de 1900. Los seis últimos en el medio siglo transcurrido desde 1969, cuando fue electo Adalberto Navarro Sánchez (e. 1969-1987), hasta nuestros días. Los otros cinco son Ernesto Ramos Meza (e. 1973-1992), Miguel de Anda Jacobsen (e. 1975-2001), Alfonso de Alba (e. 1978-1996), Ernesto Flores (e. 1995-2014) y Fernando del Paso (e. 2006-2018) que, como nos dijo José María, debió haber estado aquí hoy.

Antonio Alatorre ha sido el único académico honorario nacido en Jalisco. Los miembros de número han sido 23, desde José María Vigil, que nació en 1829, ocupó la silla XV en 1881 y de 1894 a 1909 dirigió la corporación, hasta mi muy humilde persona. Desde 2004 soy el único jalisciense actualmente miembro de número en la Academia, y desde 2011 su director adjunto. Algunos de esos 23 académicos son José López



Portillo y Rojas, Victoriano Salado Álvarez, José Ignacio Dávila Garibi, Carlos González Peña, Enrique González Martínez, Agustín Yáñez, Antonio Gómez Robledo, José Luis Martínez, Juan Rulfo, José Rogelio Álvarez, Vicente Leñero, Hugo Gutiérrez Vega y José G. Moreno de Alba.

No ha estado Jalisco mal representado en la Academia. Tal vez sea el estado que mayor atención ha recibido. Estoy seguro de que, a partir de su vocación en favor de la periferia, nuestro nuevo académico correspondiente encontrará las formas que hagan falta para que la Academia se beneficie con una colaboración más activa de sus académicos correspondientes, en todo el país. Bienvenido, querido y admirado amigo, compañero de armas, don José María Murià; tu academia te recibe con los brazos abiertos.



La palabra charro, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM, se terminó de imprimir el 2 de febrero de 2021, en los talleres de Amy Soluciones Gráficas, S. A. de C. V., Corregidora núm. 79 colonia Santa Anita, alcaldía Iztacalco, C. P. 08300, Ciudad de México. Para su composición se utilizaron tipos ITC New Baskerville de 11/15.6 pts. El tiro consta de 250 ejemplares. Impresión digital. Interiores en Bond blanco de 90 gramos y forros en Wove Glacier Mist de 216 gramos. Formación: María Dolores Rodríguez Trejo. Lectura: Judith Díaz. Cuidado editorial: Patricia Zama. Coordinación: Elsa Botello López.